

Escribir sin papel

Cuentos de Alcázar



ÁNGEL LIGERO, LA MEMORIA DE CERVANTES

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



ÁNGEL LIGERO: LA MEMORIA DE CERVANTES

Cuando llegué a Alcázar, a mediados de los años ochenta, me fui adentrando en su realidad y en su vida por mediación de los amigos y compañeros que conocí entonces. Algunas cosas llamaban mi atención, poco dada a la sorpresa ante características locales que se repiten más o menos igual en todas partes. De todo aquello, lo que me tuvo más atento fue la revelación de los indicios de que Cervantes hubiera nacido en la ciudad, algo que desmoronaba la cuna del admirado escritor, aprendida –casi sin dudas– siempre en otros pueblos castellanos. El relato de los hechos me parecía contado en tono de confesión, como algo que se reconoce entre el orgullo y la resignación, con el honor de compartir alguna cosa con don Miguel, de haber aportado quizá algo a la composición del Quijote por el solo hecho de ser tan manchego como su autor, pero con el deber de soportar la sospecha de falsedad, la opinión contraria comúnmente admitida, la obligación de la eterna prueba. Pensé entonces, y aún ahora muchas veces, que era esto el más personal sello de esta ciudad sin mar ni montaña, sin héroes ni campus. Me gustó saber que trabajaba en el pueblo de Cervantes, aunque algunos no lo creyeran. Las posibilidades de otros pueblos no eran mucho mayores.

Las pruebas que cimentaban una seguridad admitida por todos los alcazareños eran dos: una documental y otra humana. Hay –me dijeron– una partida bautismal en la parroquia de Sta. María de un Miguel Cervantes Saavedra de más o menos los años por los que debió de nacer el famoso manco. Hay –me explicaron con mucho cariño– un hombre que, a pesar de no tener un reconocimiento del mundo de la Universidad, parece haber elaborado toda una teoría muy completa para explicar el genuino origen alcazareño de todo lo que sale en el Quijote.

Lo de la partida de bautismo no pensé que tuviera mucho de original. Seguro que en Alcalá o en Esquivias tienen sendas partidas. Y si se trata de eso, seguro que aparecen partidas en más sitios si se ponen a buscarlas. Además, uno de los pocos datos que el propio

Cervantes nos da de su vida, la participación en la más noble batalla que conocieron los siglos, o sea, en las tierras griegas de Lepanto, no ayuda a tenerla por la auténtica partida del ilustre escritor.

Era mucho más interesante la presencia de un investigador no académico. Esto siempre es un punto de atracción. Un hombre que estudia llevado sólo por el gusto de saber, de conocer los detalles de la creación de una obra que le ha llamado la atención. Después comienza a sospechar que es posible que la obra tenga como decorado el mismo de su propia vida, las calles por las que él paseaba a diario, los rostros de sus conocidos y de sus convecinos. Y luego ya no puede dejar de pensar en ello hasta dar con las pruebas que demuestren que está en lo cierto.

Si se tratara de cualquier obra literaria no tendría mucho más. Pero con el Quijote pasa algo singular: también el protagonista de esa historia se obsesiona con un convencimiento y lo convierte en realidad ante el estupor y, a veces, la incredulidad de los que lo están observando. Al acabar de leer el Quijote, no está uno seguro de si lo que veía don Alonso Quijano el bueno era un simple fantasma de su imaginación insana o si era sencillamente una interpretación de la realidad que todos los demás interpretaban de otra manera, de una manera más oficial.

Muchos años después conocí a Ángel Ligeró Móstoles. Por puro azar, acabé viviendo muy cerca de él, casi en vecindad. Y cada vez que salía de mi casa para dar un paseo, lo encontraba sentado a su puerta, fumando, mirando tras sus gruesos lentes Alcázar de San Juan como quien estudia los detalles de un cuadro de costumbres. A fuerza de vernos a diario, nos saludábamos, cruzábamos una palabra sobre el tiempo, sobre el ruido, sobre algo circunstancial. Él seguía inmerso en su observación perpetua entre humos azulados de tabaco y yo me despedía pensando en la pequeña máquina de escribir que se asomaba a la calle desde una mesa del salón iluminado. Yo ya sabía quién era su dueño y sabía el ingente trabajo que había acometido con aquella

máquina. Ahora además percibía la humanidad profunda de aquel sagaz observador de la vida alcazareña, el cariño sereno que se desprendía de su mirada distraída como el humo de su cigarrillo.

Ligero dedicó todo su esfuerzo investigador a una sola idea: demostrar que el decorado del Quijote eran las calles de Alcázar y los campos y ventas que la rodean, porque su autor eran un alcazareño enamorado de su tierra y de su gente. En un camino inverso al de Sócrates, partía de la respuesta y quiso plantearnos las preguntas. Él sabía que todo, absolutamente todo lo que hay en la novela tenía una referencia rastreable en Alcázar de san Juan. De lo que se trataba entonces era de plantear correctamente las preguntas y aplicar a cada respuesta un documento al menos que probara que en aquellos años, en Alcázar había alguien con el nombre que estamos buscando o una casa con la fama que se describe en el libro o un sitio exactamente a la misma distancia que recorre el hidalgo. Tantas coincidencias no pueden ser más que una demostración palpable de que estamos ante la más clamorosa verdad. Y si alguien tiene aún la obstinación de negarlo, allá él.

¡La verdad...! La verdad nadie puede saber si la sabe, aunque la mayoría de las veces podemos casi asegurar que la ignoramos. Hay detalles, datos temporales, geográficos... que no encajan del todo en la teoría del Cervantes alcazareño. Demasiado joven en Lepanto, demasiados personajes del mismo pueblo, demasiado poco manchego en las demás obras. ¿Y qué más da? Lo realmente importante es que pudo ser verdad, que hubo un Miguel de Cervantes en Alcázar en el tránsito del siglo XVI al XVII, que sus familiares pudieron ser los familiares del autor del Quijote. El Quijote pudo ser una novela inspirada por Alcázar de san Juan, por sus casas, sus calles y sus vecinos. Eso es lo importante, porque ningún otro pueblo puede decir tanto. No es que aquí naciera Cervantes, es que aquí nació el Quijote, que es algo mucho más importante. Y fue Ángel Ligeró el que más tesón puso en la tarea de ponerlo en claro para los hombres de tiempos venideros, para que ya nadie pasase por Alcázar sin recordar que aquí

estuvo la casa y la cuna de Alonso Quijano el bueno, que aquí vino a morir, derrotado en tierras catalanas por un fementido vecino suyo, ventajista de buena fe, que quiso que el noble caballero volviese a su Alcázar poniendo punto final a sus andanzas en tierras que no eran la suya. El proyecto de Ángel Ligerero era unir al del caballero el nombre de su verdadera patria, que Cervantes quedase vinculado por siempre al acervo de alcazareños que han sobresalido en los siglos que la villa lleva fundada.

Hay quien cree que nada de eso tiene mucha credibilidad. No han entendido nada. ¿Qué importa que sea o no cierto? Lo importante es que pudo ser. Y eso es de lo que se trata. De que Alcázar reúne la nobleza y el carácter necesarios para engendrar un novelista y una novela semejantes. Lo demás no son más que detalles, anécdotas sin importancia.

Extraña combinación la de Ángel Ligerero. A veces fue Quijote, a veces era Sancho. Como el hidalgo, defendía lo que su corazón le mostraba como justo y cierto manteniendo su veracidad ante cualquiera que se le enfrentase. Defendía lo suyo como la belleza de Dulcinea, superior a toda otra mujer del orbe. Como el hidalgo, denunciaba la falta de verdad, el atrevimiento de los muchos que dudan de lo que ellos creen. Los atacó cuanto pudo, con la fuerza de las letras, sí, pero eran letras estas armadas hasta los dientes, punzantes como florines bien afilados.

Sancho se le coló por la ventana de su casa, cuando le hizo ver molinos donde había gigantes. Los personajes del Quijote que Ángel Ligerero veía eran simples personas, sin una vida singular, actores de reparto en la gran obra de la vida. Los otros, sus socios de tinta sobre papel, son grandes, son los protagonistas del argumento. Sus rostros, sus voces, sus ademanes grandes o chicos, viven con nosotros en cualquier parte del mundo a la que vayamos, son desdichados o enamorados o afortunados o tristes. Pero son grandes creaciones del ingenio del Príncipe de Todos los Ingenios. Ligerero quiso encontrar el

molino que había detrás de cada gigante. ¿Con qué fin habría utilizado Cervantes para sus personajes de novela, destinados a ser prototipo de humanos de todas las épocas, personas de su pueblo, más o menos conocidas, de sus años o de tiempos anteriores? ¿Acaso quiso hacer de Alcázar una gran alegoría del universo mundo? Un pueblo sin nombre o de nombre olvidado aposta, unas calles sin fisonomía ni rasgos perceptibles, unos vecinos que salen con su gran hidalgo local por esos caminos para vestirse de vizcaínos, de condes, de hacendados, de mercaderes, de yangüeses... Me parece que estoy oyendo a Sancho Panza decir muy quedo y salpicando mil refranes al oído de Ángel Ligerero que no hay más que hombres de carne y hueso detrás de esos brillantes inventos que caminan por las páginas del libro, que no son gigantes, que son sólo molinos.

Desde luego, no eran invenciones los monstruos encantadores, los Frestones y compañía, los encargados de oscurecer la vida y la sonrisa de las personas nobles de este mundo. No eran falsos, porque Cervantes los vio y los miró a los ojos, a esos ojos de enemigo en la batalla, de pirata berberisco, de inquisidor y carcelero, de envidioso acaparador de poder. Y no eran falsos, lo sabemos, porque Ligerero también los vio y tuvo que ver sus ojos de hiel, de torturadores, de represalia, de confinamiento. Los dos lucharon contra los mismos enemigos y con las mismas armas. Por eso se cruzó entre ambos una línea tan clara de entendimiento, una sonrisa cómplice.

Nunca sabremos, como casi nunca sabemos nada, si la tesis que con tanto corazón sostuvo Ligerero es la cierta o si no lo es. Tampoco debe importarnos demasiado. Se conformaba, decía, con haber aportado algo a su pueblo y a su gente antes de cruzar al otro lado de la línea que separa la vida de la muerte. La gran aportación de Ángel Ligerero a Alcázar es el empeño en agrandarlo, en universalizarlo, demostrando que fue el decorado en el que vivieron los personajes del Quijote. Ninguna otra villa puede decirlo con tanta dignidad como esta. Por mucho que la verdad escurra el bulto y no dé la cara, las palabras de Ligerero siguen dando forma a lo más personal de Alcázar de san Juan.

Alcázar, junio de 1998
Fernando Ruiz de Osma Delatas